

# La educación entre la posmodernidad globalizada y la sociedad seductora según G. Lipovetsky

---

**WILLIAM R. DAROS\***

Universidad del Centro Educativo Latinoamericano  
de Educación a Distancia (UAP)  
daroswr@yahoo.es

Revista Cultura Económica  
Año XXXVI • N°95  
Junio 2018: 59-74

**Resumen:** El ensayo presenta los síntomas y consecuencias de la globalización y las reiteradas revoluciones individualistas desde la perspectiva de G. Lipovetsky. En su cruda descripción de la situación posmoderna en los países desarrollados, y la importancia del individualismo *light*, el autor no deja de percibir las dificultades que esto presenta para el proceso educativo. Pero, al mismo tiempo, vislumbra un rayo de esperanza para encontrar una salida que desplace la apatía ante el vacío de la abundancia en unos países, mientras se sufre en otros. La necesidad de la educación es inevitable y es posible pensar en un horizonte más prometedor para toda la humanidad.

**Palabras clave:** globalización; Lipovetsky; individualismo; educación; personalización

**Abstract:** *This essay presents the symptoms and consequences of globalization and the repeated individualistic revolutions, from the perspective of G. Lipovetsky. In his rough depiction of the postmodern situation in developed countries, and the importance of light individualism, the author does not fail to perceive the difficulties that this presents for the educational process. But, at the same time, he foresees a ray of hope for to find a solution that may shift apathy before the void of abundance in some countries, while suffering in others. The need for education is inevitable and it is possible to think of a more promising horizon for all humanity.*

**Keywords:** *Globalization; Lipovetsky; Individualism; Education; Personalization*

## I. La globalización y las reiteradas revoluciones individualistas

Lo que en Francia se denomina *mundialización*, en otros países es llamado *globalización* y se da en el contexto de la posmodernidad. Ésta, desde un punto de vista cultural, tiende a abarcar a todo el mundo: Gilles Lipovetsky<sup>1</sup> la llama “cultura-mundo” porque ella constituye una forma de vivir, una cultura planetaria. Por ello, su descripción no resulta ser una tarea fácil (2011: 14). No obstante, para ubicarnos en ella iremos rastreando, en las obras descriptivas de Lipovetsky, algunos rasgos que intentan describirla, tomando como temas importantes a la persona, la cultura moderna, el consumo, el proceso social de la seducción, la política, la educación, el fenómeno del narcisismo, el cuerpo reciclado, la sociedad decepcionante, la caracterización de la mujer posmoderna, la solidaridad, el humor, la familia, el sentido de la moral, del deber y del amor en el clima de la posmodernidad globalizada.

La posmodernidad, concebida negativamente como crisis y deslegitimación de los metarrelatos, es insuficiente para Lipovetsky, el cual la ve positivamente como una sociedad con *una segunda revolución individualista*, regida por el imperio de la moda o modos cambiantes de vivir. La posmodernidad puede, entonces, definirse como un proceso de promoción y democratización de una serie de valores como el hedonismo, el culto al cuerpo, el énfasis en lo relacional y psicológico, la confianza en el mercado y la competitividad, y el cultivo de la autonomía individual –elegir y autogobernarse dentro de la lógica de la indeterminación, esto es, sin un plan preestablecido–, otorgando prioridad al futuro más que al pasado.

Haciendo una lectura de la filosofía que tienen las personas de esta época, Lipovetsky asume entonces la tesis fundamental dada por François Lyotard, en *La condition post-moderne* (1979), y sostiene que hoy “vivimos una segunda revolución individualista” (Lipovetsky, 1986: 5).

La *primera revolución* centrada en el individuo se remonta a la época del Renacimiento y la edad moderna. En ese periodo histórico, tras las consecuencias de la propuesta de Lutero, la filosofía se centró en las personas por oposición a la importancia que tenía la estructura de la Iglesia, de los gremios y de la comunidad en la época medieval. Varios siglos más tarde, la *segunda revolución individualista* comienza en los años de la segunda década del siglo XX, y se consolida después de la segunda guerra mundial. Se trata de una mutación social, económica, política y cultural global, que conlleva una sinergia combinada de organizaciones y significaciones, de acciones y valores.

Esta revolución ha implicado un proceso de personalización, acompañado –en interacción– de la elaboración de una sociedad flexible, basada en el crecimiento demográfico, la información y la estimulación consumista de las necesidades, del sexo, del culto al cuerpo naturalmente considerado –por oposición a la represión socializada del mismo–, a la cordialidad y al buen humor. Lo que importa es ahora tener el mínimo de coacciones y el máximo de elecciones y deseos, con un mínimo de represión, y con la mayor comprensión posible (Lipovetsky, 2003: 39).

Si bien la idea de una vida individual y social democrática tiene una secular vigencia, sin embargo, es percibida actualmente como una democracia autoritaria, donde los gobernantes, una vez elegidos, juegan con el poder. Por ello, las personas sienten la necesidad de ponerse nuevos fines y nuevas legitimidades individuales y sociales. En la modernidad, en cambio, la idea de la “voluntad general” tenía fuerte vigencia y era básica para la lógica de la vida política, productiva y moral en la cual debían moverse los individuos, con reglas uniformes, minimizándose las expresiones singulares, las particularidades idiosincráticas. Así, la primera parte del siglo XX estuvo regida, en gran parte de Occidente, por la abnegación exigida por un partido revolucionario o por gobernantes que, si bien fueron elegidos democráticamente, terminaron aboliendo los partidos. Hoy nos hallamos en otro marco cultural ya que casi desaparece ese límite

autoritario para la expresión del individuo: la mayoría de los sujetos critica al poder o ve con indiferencia lo que sucede en el poder político. La personalidad íntima parece buscar la legitimación exhibicionista del placer y del reconocimiento de las expresiones singulares de los individuos. El ideal moderno de encuadrar a los individuos en el marco de reglas nacionales colectivas, se ha fragmentado y se busca masivamente la realización personal, la singularidad subjetiva. Emerge con fuerza el derecho a ser íntegramente uno mismo, a disfrutar al máximo de la vida individual (Lipovetsky, 1986: 7).

La persona se halla en un constante proceso de personalización en el contexto de una lógica individualista. Ya no se busca sólo la libertad política y económica, la libertad de creatividad artística o en el ámbito del conocimiento, sino además y principalmente en el ámbito de las costumbres y de lo cotidiano. El hecho social y cultural más representativo parece ser el vivir libremente sin represiones. Se trata de *un proceso de personalización psicologizada*. Por un lado, aparece como una desestandarización de la vida; y por otro, como reivindicaciones de las minorías regionales, de expansión del yo, de movimientos alternativos.

La sociedad moderna era conquistadora. Creía en el futuro, en la ciencia y en la técnica, en la razón, y en la revolución, mientras que la sociedad posmoderna surge de tendencias minoritarias de la modernidad insatisfecha que buscaron dispositivos abiertos y plurales. En efecto, en la sociedad actual, las personas están ávidas tanto de la individualidad como de la diferencia, de la tranquilidad como de la realización personal. La posmodernidad se afina en el presente y el pasado le es indiferente, disuelve la fe en el futuro y en el progreso. Lo que importa es vivir aquí y ahora, y conservarse joven sin esperar un hombre nuevo.

Sin embargo, surge un desencanto en la monotonía de lo nuevo. Muerto el optimismo, se instala la apatía que no cede ni ante el ídolo ni ante el tabú. La *apatía* es vacío ante la abundancia, sin tragedia ni apocalipsis.

## II. Hacia el individualismo *light*

En la actualidad ha desaparecido la grandeza individual de los próceres de la patria. En su lugar, parece darse una ampliación del individualismo *light* que proclama el derecho de la persona a realizarse según su propio proyecto de vida de *comfort* a la carta. Mas el individualismo no es visto como algo moralmente no deseable, sino como lo que se está naturalizando: lo importante es la *selfish* –el yo mismo sin vergüenza de sí.

Ahora bien, cuando el individualismo se hace total, no asume otro punto de referencia. La forma de vida se desestabiliza y se torna más tolerante. El individuo se centra en la realización personal de sí mismo, y ya no le importa tanto triunfar en la vida cuanto realizarse continuamente, consciente de la precariedad de la existencia. Por otra parte, las acciones colectivas casi no logran ordenarse, uniformarse y llegar a una realización mundial de acción conjunta. Lo privado interesa más que las luchas de clases. En efecto, en la posmodernidad –o hipermodernidad, como a veces la llama Lipovetsky– lo social está presente pero no aparece en el primer plano de interés de las personas, sino que se halla ideológicamente ubicado como un telón de fondo.

Lipovetsky entiende que la posmodernidad se rige por tres lógicas fundamentales, tres formas de funcionar que se influyen entre sí: a) la lógica del mercado, que genera el consumismo; b) la de la tecnociencia, que hace de nuestro mundo una pantalla: el cine, la televisión, la *tablet*, el celular, etc.; y c) la lógica de la cultura individualista de una democracia *light*, cuyos políticos ya no construyen grandes proyectos o programas políticos, sino que sólo se exhiben (Lipovetsky, 2007).

En esta democracia *light*, pues, el individualismo se impone no como una reclusión del individuo en sí mismo, sino como una inclusión osmótica en lo social, asumida con indiferencia. Las personas viven vez más atentas a sí mismas, y a sus opiniones, aún sin convicciones. La política ocupa un espacio social, ya que el

hombre posmoderno no se halla totalmente despolitizado, ni se siente independiente, pero es un lugar acotado. Estos y otros intereses son menores, hiperespecializados en grupos selectos y pasajeros. Como rasgo llamativo, Lipovetsky señala que el uso abundante de palabras en inglés, que se observa en la comunicación de distintos grupos sociales.

*Personalizar* es psicologizarlo todo. Las relaciones de amor se vuelven frágiles y fugitivas. Los sentimientos son mutables y las personas no evolucionan de manera sincrónica. Se pasa más velozmente de la euforia al aburrimiento o desánimo, de la incomprensión a la irritación: se sufre al tener que esperar media hora, aunque luego no se sabe qué hacer. Los seres humanos son incompletos y necesitan de otros para realizarse, pero si la felicidad depende de otros, entonces estamos condenados a una felicidad frágil: el otro se nos escapa y se entra en la renovación y negociación perpetua del consumo, que no se vive con placer sino como fracaso y decepción (Lipovetsky, 2006b).

Las decepciones tienen como indicadores carencia de resistencia ante la frustración, mayor número de separaciones, de divorcios, de conflictos por la custodia de los hijos, falta de comunicación íntima. Ante el fracaso, las personas dan prioridad a la atención a sí mismas. Se pierde la obsesión por la cantidad y se vuelve a la calidad del sentimiento, a los pequeños proyectos compartidos.

Por otra parte, la revolución sexual ha dado de sí todo lo que podía, pero no es suficiente para generar una vida aceptable. En un mundo lleno de teléfonos, lo que falta es comunicación profunda entre las personas, capacidad de resistir a las inevitables frustraciones cotidianas, en un ámbito que depende mucho de los gustos individuales.

Donde la velocidad es creciente en todos los ámbitos, las demoras ponen furiosas a las personas y son motivo de irritación y descontento. Por ello, esos individuos vuelven su atención a cosas menos trascendentes, pero más manejables. Entre las cosas menos

trascendentes pero importantes se halla en tema del comer bien, pero no tener sobrepeso. De hecho, crece el número de personas para las cuales, el peso es el tema fundamental de sus vidas (Lipovetsky, 2008: 47).

La fiebre del confort individual ha sustituido a las pasiones nacionalistas y las diversiones a la revolución. Apoyado en la nueva religión de la incesante mejora de las condiciones de vida, el vivir mejor se ha convertido en una pasión de masas. Es el objetivo supremo de las sociedades democráticas.

### **III. Cultura de la seducción y el proceso educativo**

Hoy, a pesar de algunos pocos trasnochados, *más que la igualdad y la coherencia se desea la pluralidad y la yuxtaposición*. Por esto, la cultura posmoderna del consumo puede ser renovadora y retro a la vez, porno y discreta, consumista y ecologista, sofisticada y espontánea, creativa y vuelta a lo local. Las antinomias no llevan a la exclusión de uno u otro elemento de la vida cultural; más bien, las cosas parecen ubicarse con una correspondencia flexible, destruyéndose los sentidos únicos y la única verdad.

Ante el proceso de racionalización que implica la sociedad burguesa y burocrática, la cultura posmoderna del consumo preconiza los valores del romanticismo como la exaltación del yo, la autenticidad, el placer, el desenfreno de los sentidos, de los impulsos propios –“Déjate llevar...”–, la intensidad del sentir, el consumo masivo, el vivir a crédito, el goce inmediato. Todo esto se opone a los valores modernos que revolucionaron la producción, implantando la cultura del trabajo, el ahorro, la moderación, el puritanismo, el dinero, el ascetismo, el racionalismo, la sistematicidad, la organización lógica, la disciplina, y la autoridad.

Siempre se ha dado en Occidente un recelo entre la dialéctica, la lógica y la retórica. La lógica y la dialéctica requieren

razonamientos y mover formal y fundadamente las mentes humanas. Por el contrario, la retórica apela a la seducción, a atraer y subyugar al contrincante, sin quitarle la sensación de que es él el que decide en su vida, ante un abanico prolífero de ofertas a consumir.

La sociedad de consumo utiliza la lógica de la *seducción*, haciendo que el seducido se sienta importante, como si él se eligiese y se condujese<sup>2</sup> con plena libertad, ofreciéndole cada vez más opciones y combinaciones a su medida. Así, la cultura de la seducción deja las relaciones autoritarias, y privilegia la pluralidad y diversidad de opciones, y la realización de los deseos, desoyendo los llamados a la austeridad. Mientras se esté en el consumo, no importan luego las formas, porque el seducido es finalmente un cliente cautivo por el monopolio de la seducción, a la que condesciende creyéndose protagonista. En este sentido, se da una nueva forma de control social por medio de la seducción. La seducción es *soft*, distrae epidérmicamente a un público que, sin embargo, no es ingenuo ni pasivo. La seducción no funciona con el misterio sino con la información, con la propuesta de la supresión de las relaciones burocráticas del poder. La seducción suprime la revolución y el uso de la fuerza, y opera por relación, cohesión *light* y acercamiento, dando la sensación de que es cada uno el que decide. Asimismo, la posibilidad de verlo todo, hacerlo todo, y decirlo todo define a la seducción (Lipovetsky, 1986: 29).

Indudablemente, los países del tercer mundo y los hombres del trabajo, son los más reacios a asumir esta lógica. Mas nuestra sociedad global va teniendo siempre más jóvenes, y éstos requieren diversión, o al menos contención, y privilegian la comunicación a la coerción. Las personas jóvenes, libres en sus tiempos, con creciente autonomía y cuidado del cuerpo, generan la exigencia de una educación que cubra esos deseos: permisividad, homeostasis de los *feelings*, y una socialización suave, plural y diversa más que tolerante (Lipovetsky, 2006a).

La escuela que nos formó fue fundada en la época moderna para preparar a los obreros o empleados en fábricas y oficinas: la

puntualidad, la obediencia, el orden, la rutina, el silencio, y el deber eran fundamentales. Hoy esta escuela no atrae. La velocidad fascina y hace sentir la vida en la piel. Los jóvenes pueden pasar muchas horas charlando, pero luego, cuando suben a un vehículo, quieren velocidad.

En este clima, parece que hay que reinventar el proceso educativo. Éste, desde siempre, fue pensado como el inicio y la preparación –en formas de pensar, valorar, actuar– para el ingreso a una sociedad mayor que la familiar. Sin embargo, actualmente casi no existe la familia, donde aprendíamos a ser personas, donde papá no era mamá, ni el hijo menor era el hijo mayor. Todo se ha flexibilizado y resulta difícil educar, formar para lo indefinido e imprevisible.

El esfuerzo y los deberes no están de moda. Lo que supone sujeción o disciplina austera se ha desvalorizado y se busca lo placentero de realización inmediata. La anarquía de los impulsos, la pérdida de un centro de gravedad otorgado por ideales, genera una voluntad débil, no intra-determinada. El posmoderno se mueve en el clima de la no directividad, de la asociación libre, de la espontaneidad creativa, de la cultura de la expresión, de la dispersión en detrimento de la concentración, de la aniquilación de las síntesis conceptuales. Parece generalizarse la falta de atención de los alumnos, concertada, persistente y esforzada –queja de todos los profesores–, a favor de una atención dispersa: mientras se escucha música, se ve la TV, se escribe y se contesta el teléfono. Así, se hace presente una conciencia telespectadora, que parece captarlo todo y nada; excitada e indiferente a la vez.

El yo está disuelto en tendencias parciales, moléculas personalizadas, nuevos zombis atravesados por mensajes de textos, sin ortografía ni sintaxis: simplemente palabras yuxtapuestas. En efecto, el yo narcisista es lábil, y se ve sometido sistemáticamente a la experimentación rápida. El narcisismo es un sistema flotante, que produce la última personalidad de masa, apta para sistemas de consumo. No hay comportamiento orientado por el otro y por su

aprobación, lo que daba sentido a la acción social. Por el contrario, se produce la licuación de la identidad rígida del yo. Va desapareciendo el amor por la patria, sustituido por el amor pasajero al paisaje, y no se ocultan las debilidades de los héroes.

Ahora bien, el narcisismo no es una falta de personalidad, sino *una nueva personalidad con una conciencia indeterminada y fluctuante*, sin saber qué hacer, acorralada constantemente por el aburrimiento. Frente a esto, se intentan elaborados comportamientos de ortopedistas de la salud física y mental: se impone la formación permanente, al menos como *lifting* que levante las partes anticuadas del conocimiento y el humor. Se flexibilizan las categorías sociales acerca de quién es mujer, hombre, niño, civilizado, loco, etc. La indefinición e incertidumbre se expanden.

#### **IV. La inevitable necesidad de formarse, pero ¿para qué?**

“Los jóvenes vegetan sin grandes motivaciones ni intereses” afirma contundentemente Lipovetsky (1986: 39). Cuanto más la escuela se dispone a escuchar a los alumnos, tanto más los alumnos se dispersan. Ya es posible vivir sin objetivo ni sentido: se intercambia indiferencia por hipersolicitud. Las ofertas de medios tecnológicos son numerosas, pero no se tiene claro qué hacer con ellas. Se tiene más información y más de prisa, por lo que lo registrado se desplaza fácilmente al olvido.

De todos modos, pese al alzamiento de algunas voces de alarma, la indiferencia generalizada no llevará al suicidio. Éstos están en disminución, si los comparamos estadísticamente con el siglo pasado. Contrariamente, se perfila en el desierto posmoderno, no la autodestrucción, sino el “estar hartos”. Se intercambia indiferencia por ausencia de teatralidad; y aun ésta se ubica entre formas endémicas de excitabilidad y depresión (Lipovetsky, 1986: 46). Hoy en día lo que se percibe es una generalización de los estados depresivos

de la clase burguesa: una enfermedad de vivir. Solo en el desierto, sin apoyo trascendente, el estudiante posmoderno actual es vulnerable.

A nivel social, se da una deserción de la *res publica* y los valores políticos. Y Narciso sale en búsqueda de sí mismo. Los problemas personales toman dimensiones desproporcionadas y no parece que los psicólogos puedan ayudar a resolverlos. Todo es problema: envejecer, engordar, afearse, dormir, educar a los niños, irse de vacaciones. Hoy la soledad no es algo de héroes, sino, un hecho cotidiano. La apatía lleva a una falta de intercomunicabilidad profunda, pese a los fáciles medios virtuales de comunicación. Se podría decir paradójicamente que *el prójimo es el lejano*. Se trata de un aislamiento a pedido.

Además, la ausencia de las relaciones parentales clásicas, hacen difícil la interiorización de la autoridad familiar. El superyó está representado por la necesidad de éxito y, de no realizarlo, es una crítica implacable contra el yo. Por su parte, los medios masivos intensifican las fantasías narcisistas de celebridad, y hacen más difícil aceptar la banalidad de la vida cotidiana. Los alumnos se convierten en fans. Los padres, y su capacidad educativa, son suplantados por los consejos psicológicos. El aumento de las ambiciones y la frustración al no poder lograrlas, generan un desprecio hacia uno mismo. La sociedad hedonista, tras su superficial capacidad de tolerancia, engendra ansiedad, incertidumbre, y frustración.

Las figuras imponentes del saber o del poder son apagadas con *la indiferencia*, ante la incapacidad de tolerar esa desigualdad que ponen de manifiesto. Por ello, se da el abandono de los grandes discursos de marxistas y psicoanalistas. Todo lo absoluto desaparece; también la capacidad de entusiasmar a las masas. El tiempo, el trabajo, la admiración se hacen flexibles.

Lo real se ha desubstancializado. Primero, se lo ha querido hacer transparente, y ahora se desplaza hacia lo virtual. Se trata de neutralizar el mundo con la potencia sonora, que genera una masa de

sordos que cantan en inglés sin entender lo que cantan. Los jóvenes parecen llegar a un punto en el que no sienten nada. Están *anestesiados por la abundancia*, en los países del primer mundo, mientras que en los países del tercer mundo aspiran a ella. Estos jóvenes, sin embargo, tienen frecuentemente un malestar difuso, un *sentimiento de vacío interior* y de *la vida como absurda*. También los síntomas neuróticos del capitalismo rígido se traducen en trastornos difusos.

Las encuestas sobre los fines de *la educación* impartida en las familias, revela que se insiste, primeramente, en lograr tener *una profesión u oficio*; y, luego, en adquirir la capacidad para *defenderse solos en la vida*; y, en tercer lugar, se enseña el valor de la *libertad individual*. En este contexto, no tiene mucho sentido el deber de obediencia de los hijos para con sus padres. “Cada uno se reconoce libre y vive, en primer lugar, para sí mismo” (Lipovetsky, 1994: 164). Ayudar y socorrer al prójimo no es un valor primordial en la educación familiar. Si se lo hace, se realiza por motivos del impacto visivo-televisivo y esporádicamente.

No obstante, toda forma de vida exige un aprender a asumir, consumir y referir a cada uno la forma de vida en la que vive. Siempre se requiere educación, aunque ésta aparezca como más informal, pero no menos necesaria que la escolar y formalizada.

En una sociedad en que incluso el cuerpo, el equilibrio personal, el tiempo libre están solicitados por una plétora de modelos, el individuo se ve obligado a escoger permanentemente, a tomar iniciativas, a informarse, a criticar la calidad de los productos, a auscultarse y ponerse a prueba, a mantenerse joven, a deliberar sobre los actos más simples: ¿qué coche comprar, qué película ver, dónde ir de vacaciones, qué libro leer, qué régimen, qué terapia seguir? El consumo obliga al individuo a hacerse cargo de sí mismo y lo responsabiliza... (Lipovetsky, 1994: 126)

No hay deberes universales. La lógica del consumo socializa en cuanto exige estar constantemente informado. Pero, por otro lado, *individualiza dando una aparente libertad de elección*: hay una coexistencia pacífica de los contrarios. Por un lado, el posmoderno es

cuidadoso con su cuerpo, pero por otro, lo arriesga corriendo en las autopistas y adhiriendo a las drogas. El joven posmoderno está más informado en los adelantos de la ciencia que en tiempos anteriores; pero es permeable al esoterismo y la parapsicología; *alérgico al esfuerzo*, y esforzado con los regímenes para adelgazar. En tal sentido, el posmoderno es un individuo que obedece a lógicas múltiples, a la manera de yuxtaposiciones. Al mismo tiempo, el joven posmoderno banaliza la originalidad: pone en el reino indiferente de la igualdad a todos los individuos. Denuncia el imperialismo de lo verdadero y afirma el derecho a las diferencias. Aligera toda autoridad suprema, y toda referencia a la realidad, liberaliza las costumbres, desestandariza la moda, licua lo verdadero, termina con la edad disciplinaria.

El ideal de la *autonomía individual responsable* es primordial. Por ello, también se admite la necesidad del esfuerzo libremente asumido, como puede verse en el deporte que es, a la vez, ocio, esfuerzo y esparcimiento. Se trata de un constructivismo hedonista que aspira a un nivel medio de éxito, sin entrenamientos intensivos. “Con el esfuerzo deportivo, el individuo se autoconstruye a la carta” (Lipovetsky, 1994: 113). Sin embargo, en todo esfuerzo deportivo hay algo de voluntad de poder, un estilo superior de dominio, que suscita la emoción del público. Pero ello debe lograrse con libertad y dignidad donde no cabe el *doping*, que es sinónimo de deslealtad y de negación de la igualdad de oportunidades y posibilidades ante los adversarios.

La posmodernidad es a la vez sincrética, convivencial y vacía. Placer, paz interior y perversión coexisten sin contradicción. Hay un eclecticismo cultural relativo.

## **V. Concluyendo: superar el consumismo**

Para Lipovetsky, la educación, en la posmodernidad, se halla en la balanza. Si bien, por un lado, la cultura de la pantalla y la emoción

sustituyen a la reflexión, y el espectáculo a la lectura, lo desechable a lo duradero, por otra parte, no desaparecen las críticas a la educación y a la televisión. O sea, *se ha perdido la fe en el poder de la educación*, aunque a veces tome otras formas: se cuelga un blog a cada segundo, se generan foros de debate en red, filocafés, etc.

El papel de la escuela será primordial para aprender a situarse en la hipertrofia informativa. Uno de los grandes desafíos del siglo XXI será inventar nuevos sistemas de información intelectual, una escuela posdisciplinal, pero también poshedonista... Casi todo está por pensarse y acometer (Lipovetsky, 2008: 92).

Aunque el espíritu de la ciencia fomente la duda, no podría sustituir a las humanidades que presentan referentes de sentido y marcos históricos de inteligibilidad irremplazables para ubicarse en una sociedad. Las ciencias y las humanidades se necesitan mutuamente.

El hombre no es solo comprador; además, piensa, ama, lucha, destruye y construye. Debería proponerse la norma de obrar de tal modo que el consumo no sea omnipresente o hegemónico en su propia vida y en la de los demás.

También es necesario, mediante una auténtica formación, ofrecerles horizontes vitales más variados, en el deporte, el trabajo, la cultura, la ciencia, el arte o la música. Lo importante es que, con estas pasiones, pueda el individuo relativizar el mundo del consumo, encontrar el sentido de la vida al margen de la adquisición de bienes incesantemente renovados (Lipovetsky, 2008: 124125).

Los seres humanos no son mejores ni peores que en otros tiempos. Siempre hay lugar para la imaginación y para el más allá. El gran medio de la humanidad es la inteligencia teórica y práctica, sobre la base de principios humanistas, adaptada a la eficacia, los intereses y circunstancias. Posiblemente las injusticias y torpezas nunca desaparecerán, pero es posible limitar su extensión, actuando inteligentemente. No sólo importa tener un mayor respeto de los derechos del hombre, sino, además, rectificar de prisa lo intolerable y el dolor de los hombres que no están en el primer mundo; pero urge

también hacer ver los límites y la miseria que acompañan a este mundo.

Se ha dejado de creer en una educación rigorista de la voluntad y se ha optado, en la posmodernidad, por una educación comunicacional, de iniciativa, centrada en la flexibilidad y en la autonomía creadora. Se busca formar a una persona polivalente, apta para reciclarse, adaptarse e innovar.

Asimismo, la presencia del mundo consumista da muestras de ser hipertrófico e incapaz de dar sentido a la vida. Pese a que trajo beneficios, el universo consumista “desestructura a los individuos volviéndolos frágiles en el nivel psicológico” y, por otra parte, “la felicidad de las personas no progresa en proporción con las riquezas”, afirma Lipovetsky (2008: 126).

Pero afortunadamente hay reservas en nuestra juventud posmoderna. La cultura del consumo tiene menos de un siglo; es un pequeño momento en la historia humana. Lo cierto es que ninguna cultura es eterna y ésta ya ha comenzado a mostrar sus grietas.

Sea cual fuere la intensidad de la fiebre adquisitiva, las personas no han perdido la capacidad de indignarse moralmente; no han perdido la voluntad de hacer triunfar las causas justas, de definirse por algo más que por su relación con las marcas, los viajes, los entretenimientos comercializado (Lipovetsky & Hervé, 2011: 89).

Se está gestando una nueva cultura crítica, en algunos movimientos juveniles, que busca, a través de la reflexión sobre los problemas reales, el desarrollo sostenible, la denuncia a las desigualdades extremas y a las tropelías financieras. Hay un intento por buscar un sentido a la vida, para entender mejor dónde nos encontramos, para escapar a la inmediatez de lo superficial y lo espectacular. Aquí el proceso educativo, facilitador de herramientas, es de gran ayuda.

En este marco de referencia, es posible pensar que vendrá una transformación cultural que revalorice las prioridades de la vida, la

jerarquía de otros objetivos. El trabajo –primera necesidad de la existencia, según Marx– podrá conciliarse con el goce y la ascética, dando fuerzas al vivir que abrirán otros caminos superadores para la felicidad reducida a un aquí y ahora.

## Referencias bibliográficas

- Ganito, Carla & Ana Mauricio (2010). “Entrevista a Gilles Lipovetsky” en *Comunicação e Cultura*, N° 9.
- Lipovetsky, Gilles & Juvin, Hervé (2011). *El Occidente globalizado. Un debate sobre la cultura planetaria*. Anagrama, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (2008). *La sociedad de la decepción*. Anagrama, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (2007). *El imperio de lo efímero: La moda y su destino en las sociedades modernas*. Anagrama, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (2006a). *Educación en la ciudadanía*. Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia.
- Lipovetsky, Gilles (2006b). *La felicidad paradójica: Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Anagrama, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (2003). *Metamorfosis de la cultura liberal. Ética, medios de comunicación, empresa*. Anagrama, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (1999). *La Cultura-Mundo: Respuesta a una Sociedad Desorientada*. Anagrama, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (1994). *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Anagrama, Barcelona.
- Lipovetsky, Gilles (1986). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama, Barcelona.
- Liotard, François (1979). *La condition post-moderne*. Éditions de Minuit, Paris.

---

<sup>1</sup> Gilles Lipovetsky nació en París, en 1944. Es profesor de filosofía en la Universidad de Grenoble, miembro del Consejo de Análisis de la Sociedad y consultor de la asociación *Progrès du Management*.

<sup>2</sup> *Se-ducere*: con-ducirse a sí mismo